

# En la piscina

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE LA AUTORA EN DUOMO:

*Buda en el ático*

*Cuando el emperador era Dios*

Julie Otsuka

# En la piscina



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2023

*Para Andy*

## La piscina subterránea

La piscina está situada a gran profundidad, en una enorme cámara cavernosa muchos metros por debajo de las calles de nuestra ciudad. Algunos de nosotros venimos aquí porque estamos lesionados y tenemos que curarnos. Padecemos de dolores de espalda, pies planos, sueños rotos, corazones rotos, ansiedad, melancolía, anhedonia, los típicos achaques propios de la superficie. Otros trabajamos en la universidad cercana y preferimos pasar el tiempo del almuerzo abajo, en el agua, lejos de las severas miradas de nuestros colegas y nuestras pantallas. Algunos de nosotros venimos aquí para escapar, aunque sea una hora, de nuestros frustrantes matrimonios en tierra. Muchos vivimos cerca y sencillamente nos encanta nadar. Una de nosotros

—Alice, técnica de laboratorio jubilada, en las primeras fases de la demencia— viene porque siempre lo ha hecho. Y aunque quizá no recuerde la combinación de su taquilla o dónde ha dejado la toalla, en cuanto se mete en el agua sabe qué hacer. Tiene una brazada larga y fluida, la patada enérgica, las ideas claras. «Ahí arriba soy una viejecita más, pero aquí abajo, en la piscina, soy yo misma», dice.

La mayoría de los días, en la piscina somos capaces de dejar nuestros problemas en la superficie. Pintores fracasados que se transforman en elegantes braicistas. Profesores no numerarios que hienden el agua como tiburones a una velocidad de vértigo. El director de Recursos Humanos recién divorciado que agarra una tabla de poliestireno de un rojo desteñido y la emprende a patadas impunemente. El publicista despedido por reducción de plantilla que flota de espaldas, como una nutria, contemplando las nubes del techo pintado de azul claro, sin pensar en nada por primera vez durante todo el día. «Olvídalo». Los preocupados continuamente dejan de estarlo. Los viudos desconsolados ya no se afligen. Los actores en paro incapaces de despegar en la superficie se deslizan sin esfuerzo por la calle rápida, al fin en su elemento. «¡He llegado!». Y durante un breve intervalo nos encontramos a gusto en el mundo. Se disipan los malos humores, los tics

desaparecen, vuelven a despertarse los recuerdos, las migrañas se esfuman, y lenta, muy lentamente, empieza a apagarse el guirigay de nuestra cabeza mientras nadamos, una brazada tras otra, un largo tras otro. Y cuando completamos todas las vueltas, nos aupamos para salir de la piscina chorreando y revitalizados, con el equilibrio restablecido, preparados para enfrentarnos a otro día en el mundo.

Allí arriba hay incendios incontrolados, alarmas por contaminación, sequías colosales, atascos de papel en las impresoras, huelgas de profesores, insurrecciones, días de calor abrasador que parecen inacabables («Cúpula de calor» extremo suspendida permanentemente sobre la Costa Oeste»), pero aquí abajo, en la piscina, siempre tenemos una agradable temperatura de veintisiete grados. La humedad es del sesenta y cinco por ciento. Hay buena visibilidad. Las calles están tranquilas y cuidadas. Aunque limitado, el horario satisface nuestras necesidades. Algunos de nosotros llegamos poco después de despertarnos, toallas limpias al hombro y gafas de goma en mano, dispuestos para el baño de las ocho de la mañana. Otros bajamos a última hora de la tarde, después del trabajo, cuando todavía hay sol y luz, y al volver a emerger ya es de noche. El tráfico se ha reducido. Las excavadoras guardan silencio. Los pájaros se han marchado. Y agradecemos

haber evitado, una vez más, la caída de la noche. «Es el único momento en que no soporto estar a solas». Algunos de nosotros venimos a la piscina religiosamente cinco veces a la semana y empezamos a sentirnos culpables si faltamos un solo día. Algunos de nosotros venimos los lunes, miércoles y viernes a mediodía. Una de nosotros viene media hora antes de que cierren, y cuando se ha puesto el bañador y se mete en el agua ya es la hora de marcharse. Otro se está muriendo de párkinson y viene solo cuando puede. «Si estoy aquí, sabréis que es uno de mis días buenos».

Las reglas de la piscina, aunque tácitas, las respetamos todos (nadie mejor que nosotros para hacerlas cumplir): no se permiten carreras, gritos ni niños. Hay que nadar únicamente en círculo (en dirección contraria a las agujas del reloj, manteniéndose siempre a la derecha de la línea pintada de negro). Hay que quitarse las tiritas. No se puede entrar en la piscina sin haberse dado la ducha reglamentaria de dos minutos (agua caliente, jabón) en el vestuario. No se puede entrar en la piscina con un sarpullido inexplicado o una herida abierta (con la excepción de las menstruantes que haya entre nosotras). No se puede entrar en la piscina si no se es socio de la piscina. Se admiten invitados (no más de uno a la vez por cada socio), pero a cambio de una cantidad diaria mínima. Los bikinis se permiten, pero



no se recomiendan. Se exige el uso de gorros de baño. Los teléfonos móviles están prohibidos. Hay que observar el protocolo de la piscina en todo momento. Si no puedes mantener el ritmo, debes pararte al final de tu calle para dejar pasar al nadador que va detrás de ti. Si quieres adelantar a alguien desde detrás, tienes que darle un golpecito en un pie para avisarle. Si chocas sin querer con otro nadador, tienes que comprobar que se encuentra bien. Sé amable con Alice. Obedece al socorrista en todo momento. Mueve la cabeza a intervalos regulares y, por supuesto, acuérdate de respirar.

En nuestra «vida real», ahí arriba, somos comilones, incompetentes, paseadores de perros, travestis, tejedores compulsivos («Solo una vuelta más»), acumuladores secretos de cosas, poetas menores, cónyuges desplazados, mellizos, veganos, «mamá», un diseñador de moda de segunda fila, un inmigrante sin papeles, una monja, un danés, un policía, un actor que hace de policía en la televisión («agente Mahoney»), un ganador de la lotería de la tarjeta de residencia, un doblemente nominado para Profesor Destacado del Año, un jugador de *go* de categoría nacional, tres tíos llamados George (George el podólogo, George el sobrino del financiero caído en desgracia, George el exboxeador de peso wélter ganador de los Guantes de Oro), dos Rose (Rose y la Otra Rose), una Ida, una Alice, un autodenominado

don nadie («Yo, como si no estuviera»), un exmiembro de los Estudiantes por una Sociedad Democrática, dos convictos, adictos, rehabilitados, acosados, amargados, agotados, gafados («Creo que ya soy seropositivo»), en el crepúsculo de una deslucida carrera de agente inmobiliario, en medio de un largo y prolongado divorcio («Ya van siete años»), infértiles, en la flor de la vida, estancados, acelerados, en recuperación, en la tercera semana de quimio, con una desesperación emocional profunda e implacable («Nunca llegas a acostumbrarte»), pero allí abajo, en la piscina, solo somos una de estas tres cosas: los de calle rápida, los de calle intermedia o los lentos.

Quienes van por la calle rápida son las personas alfa de la piscina. Son muy nerviosas y agresivas, con una absoluta seguridad en su técnica. Los bañadores les sientan de maravilla. Anatómicamente, suelen ser mesomorfos con algún kilo de grasa extra, lo que contribuye a una mejor flotación. Tienen los hombros anchos y el torso largo, y hay igual número de hombres que de mujeres. Cuando dan una patada, el agua se agita con furia. Más vale no cruzarse en su camino. Son atletas natos, dotados de ritmo y velocidad, y poseen una extraña afinidad con el agua de la que los demás carecemos.